

salon por la excesiva humedad en que todavía abunda. Este señor diputado no se paró en razones, sino que hizo presente al Congreso, que los pareceres de los médicos son empíricos y académicos, sin atenerse á otra cosa en ellos que á hacer ostentación de sus conocimientos meteorológicos, que por lo mismo apoyaba la indicacion del Sr. Larrazabal: se pasó á votar y quedó aprobada por 94 votos contra 65.—El Sr. Norzagaray leyó un oficio de la Comision para proporcionar boletines á los señores diputados, y que por su medio puedan ocupar un sitio cómodo en la Iglesia de San Isidro.»

Tuvieron, además, las Córtes que dictar el ceremonial para la fiesta y el orden de la procesión, impedir los rozamientos que necesariamente habrían de producirse entre los diferentes estados que á élla concurrían, rozamientos de que existe una prueba en el acta de la sesión del 1.º de Mayo, donde aparece la Regencia adhiriéndose al pensamiento, que aprobaron, de que el Capitán general se colocara en la función fúnebre detrás del féretro de la artillería para presidir el único Cuerpo militar que asistiría á élla. Eso que en aquella ocasión no se suscitaron más quejas ni reclamaciones por haber presidido la ceremonia las Córtes y haberlo hecho el Rey Fernando en algunos aniversarios posteriores, como últimamente D. Alfonso, nuestro augusto soberano.

Previsto así todo, y todo dispuesto, sin olvidar ninguno de los preparativos ideados, celebráronse las acordadas ceremonias de la procesión y la misa con tal entusiasmo de parte del pueblo, tan cristiano recogimiento, y suntuosidad de tal modo extraordinaria,

que, para recordarlas y describirlas satisfactoriamente, sería necesario haberlas presenciado, como se manifiesta al final de la relación que vamos á transcribir de la *Gaceta de la Regencia* del día 5 próximo al de aquella gran festividad. Al ofrecer á nuestros lectores la presente monografía, nos hemos propuesto sujetarnos, en lo posible, á los datos oficiales, pues que oficiales son, en su mayor parte, las disposiciones con que ha llegado á hacerse no sólo madrileño sinó nacional, en toda la extensión de la palabra, el obsequio fúnebre dedicado á los mártires del DOS DE MAYO.

Dice así la *Gaceta*: «MADRID.—DOS DE MAYO.—Rescatada la libertad, vengados los ultrajes hechos á la patria, faltaba sólo desagraviar á las respetables cenizas de los héroes del Dos de Mayo, profanadas con las sacrílegas plantas de sus feroces asesinos. El español que se mostró tan heroyco en su resistencia al tirano, no podía menos de concebir ideas sublimes, tratando de honrar la memoria de aquellas ilustres víctimas; y si la Europa vió con ojos atónitos nuestra constancia en tan sangrienta y obstinada lucha, admirará siempre el aparato fúnebre y la augusta pompa con que fueron conducidos los preciosos restos de Daoiz y Velarde y otros mártires de la libertad al lugar de su eterno reposo.

»Reunidas á las nueve de la mañana en las casas consistoriales las autoridades de Madrid y otras distinguidas personas que habian sido convidadas de antemano, pasaron en compañía del ayuntamiento al edificio del Congreso nacional; y habiéndoseles incorporado una diputacion de este, se encaminaron al Parque de artillería donde se hallaban depositadas

desde la tarde anterior las venerables cenizas de los héroes Daoiz y Velarde.

»Para la traslacion de ellas tenía preparado el cuerpo de artillería en el mismo Parque un magnífico carro de triunfo fúnebre, adornado con figuras alegóricas y alusivas á tan sublime objeto. Entre ellas se notaban dos baxos relieves bronceados en los costados del carro, representando con admirable propiedad el heroico sacrificio de los héroes, y una hermosa matrona que figuraba la Religion presentando el libro sagrado, y en él las siguientes palabras: *Y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destruidos y fué grande la ira contra el pueblo.*

»Colocadas las urnas sepulcrales en el carro, comenzó este á marchar lentamente tirado por ocho caballos desherrados y adornados con penachos y largas cubiertas de terciopelo negro y franjas de oro, estando formados en la carrera los zapadores, el regimiento infantería de Málaga, el de Soria, el de la Princesa y el regimiento de caballería del Rey, extendiendo su línea por la Carrera de San Gerónimo, con direccion al Retiro.

»En este orden llegó el carro triunfal al Prado, donde estaba colocada otra urna sepulcral con las cenizas de los heroycos madrileños, delante de un pequeño templo que se había construido en el mismo sitio en que fueron sepultadas las ilustres víctimas.

»Allí oró el ministro del Altísimo, mezclándose á sus fervorosas palabras las tiernas voces y sollozos del inmenso concurso. Concluido este acto religioso, y hecha una descarga de tres cañonazos, comenzó á desfilar el acompañamiento por la Carrera de San Ge-

rónimo, calle de Carretas, Concepcion Gerónima á San Isidro, en el orden siguiente:

»Abría la marcha un tren de quatro piezas de artillería con su respectivo destacamento, y los caballos correspondientes al ceremonial. Seguían el sargento mayor de la plaza y otros dos oficiales: las compañías de granaderos de los cuerpos: los pobres del hospicio: los niños doctrinos: las hermandades: las comunidades religiosas: las parroquias: el clero secular: los militares inutilizados: artilleros con hachas encendidas: el carro fúnebre triunfal con las urnas de Daoiz y Velarde. Tras del carro iban la guardia de honor de artillería con bandera arrollada y armas á la fune-rala: el capitan general, el estado mayor, generales españoles y extranjeros, y oficialidad; y el ayuntamiento de Madrid. Seguía luego el carro y urna de las inmortales víctimas sacrificadas en el Prado; y aunque muy inferior en magnificencia á la de Daoiz y Velarde, no dexaba de llamar la atencion por su sencillez y buen gusto. Tiraban de este carro otros ocho caballos enlutados, y los regidores llevaban asidas las borlas que de él colgaban. Detrás iban la compañía de guardias de honor de la provincia: las autoridades de esta y de la capital: el señor obispo auxiliar vestido de pontifical: los tribunales: la diputacion de Cortes: la guardia de honor con bandera arrollada; y últimamente la caballería del Rey con espada en mano, estandartes arrollados y trompetas con sordinas.

»De este modo continuó el acompañamiento hasta la iglesia de San Isidro, adonde acabó de llegar á las dos de la tarde, en cuyo momento hicieron una des-

carga la artillería y granaderos. Habiéndose colocado las urnas en suntuoso túmulo, comenzó la función de iglesia con la mayor solemnidad, y al alzar la hostia hicieron otra descarga. Acabada la misa del célebre Mozart, que fué cantada con el acompañamiento de una numerosa orquesta, pronunció una oración fúnebre el canónigo D. Francisco Vales Asenjo, recordando los gloriosos hechos del Dos de Mayo. Concluida esta y el responso, se depositaron las urnas en el sitio que les estaba destinado, en cuyo momento se hizo otra descarga de fusilería y artillería.

»A la misa asistieron 10 doncellas, dotadas por la villa en 30 rs. cada una, cuya dotación se les ha de entregar al contraer matrimonio.

»Las llaves de las urnas se depositaron en una arca de caoba ricamente bronceada, para entregarlas al día siguiente al Congreso nacional por mano del presidente de la diputación.

»El gentío inmenso que acudió á presenciar la solemnidad de este día en el Prado, en los balcones y en las calles de la carrera: la pompa y el lúgubre aparato de esta fiesta nacional: los tiernos y elevados sentimientos que excitaba en los concurrentes, y el magestuoso silencio que reynó durante este acto religioso, realzaron sobremanera la función, de cuya magnificencia sólo podrá tener cabal idea quien haya logrado la dicha de ver las urnas de Daoiz y Velarde llevadas en triunfo.»

Por supuesto, que el protagonista en aquella gran solemnidad fué el cuerpo de artillería, sin que nadie intentara, por entonces, disputarle tan airoso papel. La elegancia y suntuosidad del carro en que fueron

trasportadas las urnas; el gallardo cortejo que lo escoltaba y seguía, todo él de artilleros cuyos oficiales superiores llevaban las cintas; la consideración, sobre todo, de aquel sagrado depósito que se les había confiado como parte que era, la mayor sin disputa, de su propia gloria, de sus honrosas tradiciones, de su más brillante porvenir en la historia de nuestras instituciones militares, arrastraban en pos de aquella tan benemérita, el respeto, la admiración, los corazones, en fin, de cuantos presenciaban tan magnífico desfile por las calles de Madrid. Nada había, en cambio, escaseado el Cuerpo, celo, inteligencia ni sacrificios de género alguno para alcanzar tan brillante resultado. La actividad sin límites del general Loygorri, su clara inteligencia, la inspiración, que nunca le abandonó, en el culto que debía á su cuna militar, á las glorias de sus camaradas, al sacrificio, particularmente, de aquellos dos ilustres capitanes del arma, que la gratitud de la patria elevaba en aquellos momentos á la más encumbrada jerarquía de la Milicia; actividad, inteligencia é inspiración, secundadas por sus subordinados, brazos no, sino resortes de acción propia, elementos científicos de esa admirable y sabia máquina que se llama el Cuerpo de Artillería, consiguieron arrancar de todos los presentes, pueblo y ejército, un aplauso que aún supone resonar en su oído el que hojea la crónica de aquel día memorable.

Todavía impresionan vivamente la lectura de esa crónica y la vista de las dos estampas en que el buril de Ametller y de Esteve ha sabido reproducir el espectáculo de aquel carro, en derredor del cual cree uno distinguir al eximio General y reconocer algunos

de los oficiales que fueron ornamento del Cuerpo y admiración nuestra. Acribillados por las balas y mostrando sus honrosas cicatrices, orgullosos sobre todo de la gloriosísima representación que se les confiaba, recibieron del pueblo de Madrid una inmensa ovación como premio debido á su lealtad inquebrantable y á sus extraordinarios servicios.

Debemos al lector una descripción algo detallada del carro y de las urnas en que fueron llevados los restos de Daoíz y Velarde en aquella solemnidad: y ya que no podemos evitarla con ilustraciones, nunca como en tales casos convenientes, vamos á suplirla con la copia de los párrafos que á tal objeto dedica el Sr. Tamarit en su libro, varias veces citado en este escrito. «Los tres grandes objetos, dice, religión, patria y rey cautivo, porque espontánea y resueltamente se sacrificaron los heróicos Daoiz y Velarde, primeros adalides de la libertad de España, estaban representados respectivamente por una hermosa matrona, con los atributos propios, cuya actitud y lugar indicaban que conducía las víctimas al templo santo, invitando á que los imitemos, y presentando el libro sagrado por aquella parte donde se lee: *y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destrozados: y fué grande en extremo la ira contra el pueblo.* Por una roca las columnas de Hércules y los dos globos, rodeado todo del luto ó manto negro con que la España recordaba la pérdida de sus hijos; y por la corona, cetro y púrpura real.—Los dos leones, que abatiendo trofeos franceses, iban en la parte anterior del carro y llevaban á su lado vasos de alabastro humeantes, representaban la noble fiereza del pueblo

español, quien al mismo tiempo elevaba su oracion al Señor, rogándole por las víctimas.—Los bajos relieves en láminas de bronce que iban á los costados de la roca, representaban la muerte de los héroes.—Los cañones que se dejaban ver con trozos de cadenas por la espalda del carro, aludian á que la artillería española mandada por aquellos sus dos dignos oficiales, rompió las de nuestra esclavitud en tan memorable día.—Por el escudo y lema colocados sobre los cañones se alegorizaba al pueblo heróico de Madrid, y se le tributaba el obsequio debido á sus sacrificios y constancia en tan desigual lucha.—El clarin y ala simbolizaban el renombre que á la posteridad han dejado los héroes del 2 de Mayo.—Los adornos de las urnas eran atributos á la inmortalidad, victoria, glorioso martirio por la patria y honores concedidos á los héroes.—Adornaban el carruaje varias figuras y alegorias, notándose entre ellas los bajos relieves bronceados que representaban el sacrificio de los héroes.»

V.

Los manes de tanta y tanta víctima como fué sacrificada á la hidrópica ambición del César francés, podían darse por aplacados y satisfechos. El desagravio había sido tan grandioso como justo; y la Nación entera parecía haber tomado por suya la ofensa inferida al pueblo de Madrid para, como suya, vengarla primero y, como deuda, después, sagrada, satisfacerla con las muestras más inequívocas de admiración y de respeto por el heróico sacrificio que se había impuesto.

A esa actitud generosa de la Nación correspondió el Gobierno en las diversas formas en que cabía haberlo durante el largo período trascurrido desde la hazaña del DOS DE MAYO, que nunca dejó olvidada según ya hemos hecho ver, hasta el último episodio de lucha tan larga, coronada seis años después con el éxito más decisivo y ruidoso. La Junta Central estableció, la primera, el tributo de dolor debido á la suerte infausta de los héroes de Madrid; la Regencia, lo confirmó como uno de sus más urgentes compromisos; y las Córtes no cesaron de, por medio de los honores y las recompensas de todo género, mover y excitar el espíritu público á la satisfacción de tanto agravio, de tantas lágrimas y sangre como sufrió y hubo de verter Madrid en aras del honor nacional y la independencia de la patria. El Rey no escaseó tampoco las muestras de gratitud al amor y la abnegación de los que, en el decreto de 4 de Mayo, dado en Valencia, llamaba *su pueblo de Madrid*, al conceder á la Villa el título de *heróica* y á su Municipio, el tratamiento de *excelencia*.

Los nombres de Daoíz y Velarde habían sido inscritos, como siguen estándolo, con letras de oro en el salón de sesiones de las Córtes; se habían otorgado pensiones, después, á las familias de aquellos héroes; y á todos los más allegados, *hijos de ambos sexos, viudas y parientes más cercanos* de las víctimas, concedió Fernando VII, por decreto de 27 de Octubre de 1815, además de premios remuneratorios, el uso de una medalla de honor conmemorativa de tan heróico sacrificio. La medalla es de plata ovalada, con la inscripción FERNANDO VII Á LAS VÍCTIMAS DEL 2

DE MAYO, rodeada de palma y laurel y con una corona, de laurel también, sobrepuesta en el anverso, y con el siguiente lema en el reverso: PRO PATRIA MORI ÆTERNUM VÍVERE.

Doña Isabel II, por fin, tan Madrileña de corazón como de cuna y entusiasta, además, de las glorias militares, otorgó en 1852 la concesión de títulos de Castilla á los descendientes directos de los dos artilleros, según sus mismos, ya ilustres apellidos, y la ocasión de su hazaña.

En cuanto al monumento mandado alzar por las Córtes en el párrafo 2.º de su decreto de 24 de Marzo, permaneció largos años tan olvidado como el que debía ostentarse en el salón de sesiones para conmemorar el 19 de Marzo de 1808, día de la exaltación del Rey Fernando al trono de las Españas. En 1822, se publicó un programa para el concurso, y se otorgó el premio al proyecto, después realizado, de D. Isidro Velázquez; pero la entrada en Madrid, el año siguiente, de los cien mil hijos de San Luís estorbó la continuación de las obras ya comenzadas que hasta fueron destruidas. La arrogancia francesa ó, más bien quizás, un exceso de galantería de los madrileños que, ¡Oh contrasentido que sólo pueden explicar los fanatismos políticos!, recibieron á sus antiguos enemigos con los brazos abiertos, aun cuando con el mismo grito de ¡Viva Fernando VII!, produjo la ruina de la fábrica dedicada á una de las glorias más puras de la Nación. En 1838 comenzaron de nuevo las obras con las ceremonias, en tales casos usadas, de bendecirlas, depositar en su cimiento ejemplares de la Constitución, Guía de Forasteros, listas de dipu-



tados y de ediles, proclamaciones y monedas de los tres metales y cuño de la Reina; llegando en 1840 á debido remate y recibiendo el glorioso depósito de los mártires en cuyo honor se habían levantado. No hay para que describir aquel elegante cenotafio de todos admirado; sólo haremos observar su parecido con el del mismo arquitecto, D. Isidro Velázquez, alzado en la iglesia de San Francisco el Grande para los funerales de la Reina Isabel de Braganza en 1819. ¿Sería este un ensayo como el de las inscripciones en el monumento del Campo de la Lealtad, para ver cómo parecían, aquél á la vista y éstas á los oídos de las gentes?

No gustaron las inscripciones; y D. Juan Nicasio Gallego relegó la primera, por inaplicable, á su puesto entre las poesías del Fénix de nuestros ingenios, y al olvido, la segunda, por expresar un sentimiento hijo de época posterior. «¡Viva Fernando VII! ¡Muera Napoleón!, decía el autor de la oda inimitable *El Día Dos de Mayo*, fué el grito en que prorrumpió el pueblo de Madrid, y que resonó en todo el imperio español de uno y otro mundo. Las ideas de libertad política, de la necesidad de limitar la autoridad de los reyes, las de constitucion y gobierno representativo, son de fecha más reciente, y querer aludir á ellas en las inscripciones del monumento del Dos de Mayo, es cometer un verdadero anacronismo.»

En 1815 presidió, según ya hemos dicho, la ceremonia en San Isidro el Rey Fernando, acompañado de su hermano D. Carlos y del Infante D. Antonio, su tío. Como en la anterior, se repartieron limosnas y se otorgó un indulto; y se celebraron también honras

en varias capitales de provincia, aun cuando no con la ostentación que en 1814 ofrecieron, especialmente las de Zaragoza y Cádiz.

El cuerpo de Artillería hizo por entonces grabar las dos estampas, á que antes aludíamos, dibujadas por Ribelles; y un D. José Ibañez emprendió en Sargadelos un gran bronce representando la acción de los artilleros en el Parque. Más tarde se ejecutó alguna otra medalla, dedicada, como la grande de Ibañez, á la gloria del pueblo madrileño, de Daóiz y Velarde, á quien se ha alzado una estatua en Santander; y, por fin, se erigió el bellissimo grupo de D. Antonio Sola con los dos héroes en traje antiguo, dándose la mano, las espadas en la diestra y en el acto de juramentarse para *vencer ó morir*, su histórico lema.

Todo el mundo sabe cómo se celebra hoy en Madrid el aniversario del DOS DE MAYO, é inútil es, de consiguiente, el consignarlo en este escrito. Han pasado muchos años desde el en que se derramó la sangre de tantos esclarecidos mártires, sangre generosa, más que vengada en todo el haz de la Península, donde no hubo un español que no la recordase en los campos de batalla, en el valle y la montaña nativos, hollados por el extranjero, en la choza miserable ó el espléndido palacio de que hiciera el enemigo alojamiento; y el honor del mausoleo ingente que encierra sus cenizas y las oraciones que se elevan por sus almas al cielo, habrán aplacado los manes de las víctimas sacrificadas aquel día en el altar de la patria. A nosotros nos toca abominar del acto, hasta entonces inaudito, ejercido por el emperador Napoleón en España, y de las violencias cometidas por su lugarteniente en Madrid